

dejado salir sin sentimiento, sin esperanza de volverlas á ver!

Mas arriba, subiendo una negra colina cubierta de cardos y de guijarros rojizos, se llega al Pnyx, teatro de las asambleas borrascosas del pueblo de Atenas y de las inconstantes ovaciones de sus oradores y de sus favoritos. — Enormes pedazos de piedra negra, algunos de los cuales tienen hasta doce ó trece pies cúbicos, descansan unos encima de otros, y sostenian el terrado donde se reunia el pueblo. Mas arriba aun, y á una distancia como de hasta cincuenta pasos, se ve un enorme peñon cuadrado en el que están labrados unos escalones que sin duda servian al orador para subir á aquella tribuna que señoreaba el pueblo, la ciudad y el mar: esto no tiene ningun caracter de la elegancia del pueblo de Pericles: — parece cosa de Roma: los recuerdos que esto ofrece son bellos. — Desde aquí hablaba Demóstenes, y agitaba ó serenaba ese mar popular mas tempestuoso que el mar Egeo al que tambien podia oír bramar á sus espaldas. Sentéme allí, solo y pensativo, y allí me estuve hasta mas del anochecer, reanimando sin esfuerzos toda aquella historia, la mas hermosa, la mas llena, la mas palpitante de todas las historias de hombres que han manejado la espada ó la palabra. ¡Qué tiempo aquel para el

genio! ; y qué de genio, de grandeza, de sabiduría, de luz, y aun de virtud (porque por entonces murió Sócrates) para aquel tiempo! Este momento se le parece, en Europa, y sobre todo en Francia, la Atenas vulgar de los tiempos modernos... — ¡Pero solo la flor de Francia y de Europa es Atenas; la masa es bárbara todavía! Supongamos á Demóstenes hablando su lengua ardiente, sonora, colorada, á una reunion popular de una de nuestras ciudades actuales; ¿quien la comprenderia? — La desigualdad de la educacion y de las luces es el grande obstáculo á nuestra civilizacion completa moderna. ¡El pueblo es señor, pero no es capaz de serlo; esta es la razon porque destruye en todas partes, y no hace en ninguna nada bello, duradero, magestuoso! Todos los Atenienses comprendian á Demóstenes, sabian su lengua, juzgaban bien su legislacion y sus artes. — Era un pueblo de hombres escogidos; tenia las pasiones del pueblo, sin tener su ignorancia; cometia crímenes y no hacia maja-

¹ Aquí el pensamiento del autor está claro, pero la prisa y el desaliño con que redactó estos apuntes, le hacen decir literalmente una simpleza. Es evidente que si Demóstenes resucitara y se pusiera á hablar en griego en las calles de París, solo le entenderia tal cual sabio helenista. Lo que quiso y debió decir el autor es que un orador moderno, con las mismas dotes que Demóstenes, no seria tan comprendido por sus compatriotes como lo era por los suyos el célebre orador griego.

derías. — En el dia no es así, y hé aquí porqué la democracia, necesaria en derecho, parece imposible en la realidad en las grandes poblaciones modernas. — El tiempo solo puede hacer á los pueblos capaces de gobernarse á sí mismos.—Su educacion se hace por medio de las revoluciones.

La suerte del orador, como Demóstenes ó Mirabeau, los dos únicos hombres dignos de este nombre, es mas seductora que la del filósofo ó el poeta; el orador participa á la vez de la gloria del escritor y del poder de las masas sobre las cuales obra; — es el filósofo-rey, si es filósofo; pero su terrible arma, el pueblo, se rompe entre sus manos, le hiere y le mata; — y luego lo que hace, lo que dice, lo que agita en la humanidad, pasiones, principios, intereses pasajeros, no es duradero, no es eterno por su naturaleza; — el poeta por el contrario, y entiendo por poeta á todo el que crea ideas en bronce, en piedra, en prosa, en palabras ó en ritmos, el poeta no agita mas que lo que es imperecedero en la naturaleza y en el corazon humano: — los tiempos pasan, las lenguas se desgastan, pero él vive siempre todo entero, siempre *tan él*, tan grande, tan nuevo, tan poderoso, sobre el alma de sus lectores: su suerte es menos humana, pero mas divina! Es superior al orador.

Lo hermoso, lo grande seria reunir los dos destinos: ningun hombre lo ha hecho, pero no hay sin embargo ninguna incompatibilidad entre la accion y el pensamiento en una inteligencia completa: — la accion es hija del pensamiento, — pero los hombres, envidiosos de toda preeminencia, jamas conceden dos poderes á una misma cabeza; — ; la naturaleza es mas liberal! — Los hombres proscriben del dominio de la accion al que descuella en el de la inteligencia y la palabra: — no quieren que Platon haga leyes reales, ni que Sócrates gobierne una aldea.

Envié á pedir al bey turco, Jusuf-Bey, comandante del Atica, permiso para subir á la ciudadela con mis amigos y visitar el Partenon. — Me despachó un jenízaro para acompañarnos y salimos el 20, á las cinco de la mañana, acompañados de M. Gropius. — Todo se acalla ante la impresion incomparable del Partenon, de ese templo de los templos construido por Setino, decretado por Pericles, decorado por Fidias; — tipo único y esclusivo de lo bello, en las artes de la arquitectura y de la escultura, — especie de revelacion divina de la belleza ideal, recibida un dia por el pueblo artista por escelencia, y transmitida por él á la posteridad, en pedazos de marmol imperecederos y en esculturas que vivirán eternamente. — Este monumento, tal cual estaba

con el conjunto de su situacion, de su natural pedestal, de sus escaleras decoradas de estatuas sin rivales, de sus grandiosas formas, de su ejecucion acabada en todos los pormenores, de su materia, de su color, luz petrificada; — este monumento confunde, hace siglos, la admiracion sin saciarla; cuando se ve de él lo que yo he visto solamente, con sus magestuosos pedazos mutilados por las bombas venecianas, por la explosion del polvorin bajo Morosini, por el martillo de Teodoro, — por los cañones de los Turcos y de los Griegos; — sus enormes columnas tendidas en el pavimento, sus capiteles derruidos, sus triglifos rotos por los agentes de lord Elgin, sus estatuas arrebatadas por buques ingleses; — lo que de él queda es suficiente para que yo sienta que ese es el mas hermoso poema escrito en piedra sobre la faz de la tierra; pero, tambien lo siento, es demasiado pequeño: su efecto está destruido. — Paso horas deliciosas tendido á la sombra de las Propileas, fijos los ojos en el ruinoso frontispicio del Partenon; percibo la antigüedad toda entera en la obra mas divina que ha producido; — ¡lo demas no merece la palabra que lo describe! ¡El aspecto del Partenon hace aparecer, mas que la historia, la colosal grandeza de un pueblo. ¡Pericles no debe morir! ¡Qué civilizacion tan sobrehumana la que

halló un grande hombre para decretar, un arquitecto para concebir, un escultor para decorar, estatuarios para ejecutar, jornaleros para construir, un pueblo para costear, y ojos para comprender y admirar semejante edificio! ¿Donde, cuando se volverán á hallar una época y un pueblo semejantes? Nada lo anuncia. A medida que el hombre envejece, pierde la savia, el fuego, el desinterés necesarios para las artes! — Las Propileas, — el templo de Erecteo ó el de las Cariátides estan al lado del Partenon. — Son obras maestras, pero están como ahogadas en esa otra grande obra maestra; el alma, herida con demasiada fuerza á la vista del primero de esos edificios, no tiene ya energía para admirar los demas: ¡es preciso ver é irse! — llorando menos sobre la devastacion de esa obra sobrehumana del hombre que sobre la imposibilidad para el hombre de igualar jamas su sublimidad y su armonía; — esa es una de aquellas revelaciones que el cielo no envia dos veces á la tierra: — es como el poema de Job ó el cantar de los cantares, como el poema de Homero ó la música de Mozart! Esas cosas se hacen, se ven, se oyen, y luego no se vuelven á hacer, á ver ni á oír hasta la consumacion de los siglos: — ¡felices los hombres por quienes pasan esas divinas inspiraciones! — ¡Mueren, pero han probado al hombre lo que puede

ser el hombre! ¡Y Dios los llama á sí para celebrarle en otros sitios y en una lengua mas poderosa todavía!—Ando errante todo el dia, silencioso, entre estas ruinas, y vuelvo á la posada, deslumbrados los ojos con aquellas formas y aquellos colores, lleno el corazon de recuerdos y admiracion. — El género gótico es bello, pero le faltan el orden y la luz, — el orden y la luz, los dos principios de toda creacion eterna! — Adios para siempre al género gótico.

De todos los libros que pueden hacerse, el mas dificil, en mi concepto, es una traduccion. Ahora bien, viajar es traducir; es traducir á la vista, á la mente, al alma del lector, los sitios, los colores, las impresiones, los sentimientos que la naturaleza ó los monumentos humanos dan al viajero. Es preciso saber juntamente ver, sentir y espresar; y espresar, ¿cómo? no con líneas y colores, como el pintor, cosa facil y sencilla; no con sonidos, como el músico, sino con palabras, con ideas que no encierran ni sonidos, ni líneas, ni colores. Estas reflexiones hacia yo, sentado en las gradas del Partenon, teniendo delante de mis ojos á Atenas y el bosque de olivos del Pireo y el azul mar de Egeo, y sobre mi cabeza la magestuosa sombra del friso del templo de los templos. — Quería llevarme para mí un recuerdo escrito de aquel momento de mi vida! sentía que

aquel caos de marmol, tan sublime, tan pintoresco en mis ojos, se desvaneceria de mi memoria, y queria poder volver á hallarle cuando quisiera en la vulgaridad de mi vida futura. — Escribamos pues; lo que voy á escribir no será el Partenon, pero será á lo menos una sombra de esa gran sombra que se alza hoy sobre mí.

De en medio de las ruinas que fueron Atenas, y que los cañones de los Griegos y de los Turcos han pulverizado y sembrado en todo el valle y sobre las dos colinas donde se estendia la ciudad de Minerva, se alza una montaña tajada perpendicularmente por todos lados. — Rodéanla inmensas paredes, que formadas en su base con fragmentos de marmol blanco, y mas arriba con restos de frisos y de columnas antiguas, rematan por algunos puntos en almenas venecianas. Aquella montaña se parece á un magnífico pedestal, labrado por los mismos dioses para asentar sobre él sus altares. Su cima, allanada para recibir las areas de aquellos templos, no tiene arriba de quinientos pies de longitud sobre dos ó trescientos de anchura, y domina todas las colinas que formaban el suelo de Atenas antigua y las vegas del Pentélico, la corriente del Iliso, la llanura del Pireo, la cordillera de valles y de cimas que se redondea y se estiende hasta Corinto, y el mar, en fin, sembrada de las islas de Salá-

mina y de Egina, donde brillan en la altura los frontispicios del templo de Júpiter Panhelenio. — Ese horizonte es admirable todavía, ahora que todas esas colinas están peladas y reflejan, como un bronce pulimentado, los rayos reverberados del sol de Atica.... pero ¿qué horizonte debía tener desde allí Platon á la vista, cuando Atenas, viva y vestida de sus mil templos inferiores, zumbaba á sus pies como una colmena demasiada llena; cuando la gran muralla del Píreo trazaba hasta el mar una calle de piedra y de marmol llena de movimiento, y por donde la poblacion de Atenas discurría en todas direcciones como una marejada; cuando el Píreo mismo, y el puerto de Falera, y el mar de Atenas y el golfo de Corinto estaban cubiertos de bosques de mástiles ó de relucientes velas; cuando las laderas de todas las montañas, desde las que ocultán á Maraton hasta el Acrópolis de Corinto, anfiteatro de cuarenta leguas de semi círculo, estaban salpicadas de selvas, dehesas, olivos y viñas, y las aldeas y las ciudades decoraban por todas partes aquel espléndido ceñidor de montañas!

— Desde aquí veo los mil caminos que bajaban de aquellas montañas, trazados en las vertientes del Himeto, en todas las sinuosidades de las gargantas y de las vegas que van todas, como cauces de torrentes, á desembocar en Atenas,—

oigo los rumores que se alzan de ellas, los martillazos de los jornaleros en las canteras de marmol del monte Pentélico, el ruido de las piedras que ruedan por las pendientes de sus precipicios, y todas aquellas voces que llenan de vida y de bullicio las cercanías de una gran capital. — Por el lado de la ciudad, veo subir por la via sacra, labrada en la vertiente misma del Acrópolis, la religiosa poblacion de Atenas que va á implorar á Minerva y á hacer humear el incienso de todas sus divinidades domésticas en el sitio mismo en que estoy sentado ahora y donde respiro el polvo solo de aquellos templos.

Reconstruyamos el Partenon, cosa facil, pues no ha perdido mas que su friso y sus compartimentos interiores: las paredes exteriores cinceladas por Fidias, las columnas ó los fragmentos de las columnas subsisten todavía. El Partenon estaba enteramente construido con marmol blanco, llamado marmol pentélico, del nombre de la vecina montaña de donde se sacaba: — consistía en un cuadrilongo rodeado de un perístilo de cuarenta y seis columnas de orden dórico. — Cada columna tiene seis pies de diámetro en su base, y treinta y cuatro de elevacion. — Las columnas asientan sobre el pavimento mismo del templo y no tienen base. — En cada estremidad del templo existe ó existía un pórtico de seis co-

lumnas. — La dimension total del edificio era de doscientos veintiocho pies de longitud, sobre doscientos de anchura : su altura era sesenta y seis pies. No presentaba á la vista mas que la magestuosa sencillez de sus lineas arquitectónicas : — era un solo pensamiento de piedra, uno é inteligible de una sola mirada, como el pensamiento antiguo. — Era preciso acercarse para contemplar la riqueza de los materiales y la inimitable perfeccion de los adornos y de los pormenores. — Pericles habia querido hacer de él tanto una reunion de todas las obras maestras del ingenio y de la mano del hombre como un homenaje á los dioses ; — ó mas bien, era el ingenio griego todo entero, ofreciéndose bajo aquel emblema, como un homenaje á la divinidad. Los nombres de todos los que han labrado una piedra, ó modelado una estatua del Partenon se han hecho inmortales.

Olvidemos lo pasado, y contemplemosle cual está ahora al cabo de dos mil años que llevan de estarle hollando los siglos, la guerra de las religiones bárbaras y pueblos estúpidos.

Solo faltan algunas columnas, que se ven derribadas en brillantes y enteros pedazos sobre el pavimento ó en los templos vecinos ; algunas, como los grandes robles del bosque de Fontainebleau, han quedado inclinadas sobre las otras

columnas ; otras han resbalado desde lo alto del parapeto que ciñe el Acrópolis, y yacen, en enormes fragmentos quebrantados, unas sobre otras, como en una cantera las piedras que ha desechado el arquitecto. — Sus lados están dorados por aquella corteza de sol que los siglos estienden sobre el marmol : sus rajadas aparecen blancas como marfil labrado de ayer. Hacia esta parte del templo forman un caos reluciente de marmol de todas formas, de todos colores, tirado, amontonado en el mas estraño y magestuoso desorden ; de lejos, creeria uno ver la espuma de enormes oleadas que van á estrellarse en un cabo batido por los mares. La vista no acierta á arrancarse de aquellas ruinas ; uno las contempla, las sigue, las admira, las compadece con aquel sentimiento que inspirarian unos seres que hubieran tenido ó que tuvieran todavía el sentimiento de la vida. Es el mas sublime efecto de ruinas que jamas han podido producir los hombres, porque es la ruina de lo mas bello que han hecho jamas !

Si se entra bajo el peristilo y bajo los pórticos, todavía puede uno creerse en el momento en que se estaba acabando de construir el edificio ; las paredes interiores están tan bien conservadas, la faz de los mármoles está tan reluciente y tan tersa, las columnas están tan derechas, las

partes conservadas del edificio tan admirablemente intactas, que todo parece que está saliendo de manos del artífice; solamente que el espléndido azul del cielo es el único techo del Partenon, y que por entre las grietas de las paredes la vista penetra hasta el inmenso y voluminoso horizonte del Atica. Todo el suelo en derredor está atestado de fragmentos de escultura ó de pedazos de arquitectura que parece que aguardan la mano que debe levantarlos á su sitio en el monumento que los espera. — Los pies tropiezan á cada paso en las obras maestras del cincel griego; uno las coge y luego las tira para coger otras mas curiosas, hasta que se cansa uno de este inutil afan: todo aquello no es mas que obras maestras pulverizadas. — Las pisadas se imprimen en un polvo de marmol; acaba uno por mirarle con indiferencia, y queda insensible y mudo, sumergido en la contemplacion del conjunto y en los mil pensamientos que salen de cada una de aquellas ruinas. Estos pensamientos son de la misma naturaleza que la escena en que se respiran; son graves como aquellas ruinas de los tiempos pasados, como aquellos magestuosos festigos de la vanidad de las cosas humanas, pero serenos como el cielo que está sobre nuestras cabezas; están inundados de una luz armoniosa y pura, son elevados

como ese pedestal del Acrópolis que parece que domina la tierra, resignados y religiosos como ese monumento erigido á un pensamiento divino que Dios ha dejado desmoronarse para dar cabida á mas divinos pensamientos! No siento aquí tristeza en mí; el alma está ligera aunque pensativa; mi mente abarca el orden de las volunfades divinas, de los destinos humanos; admira que le haya sido dado al hombre elevarse á tanta altura en las artes y en una civilizacion material; concibe que Dios haya roto luego ese admirable molde de un pensamiento incompleto; que la unidad de Dios, reconocida en fin por Sócrates en estos mismos sitios, haya retirado el soplo de vida de todas aquellas religiones que habia producido la imaginacion de los primeros tiempos; que esos templos se hayan desplomado sobre sus dioses; — la idea del Dios único encerrada en el entendimiento humano vale mas que todos esos templos de marmol donde no se adoraba mas que su sombra. Esta idea no tiene necesidad de templos contruidos por la mano del hombre; la naturaleza entera es el templo en que adora. A medida que las religiones se espiritualizan, los templos desaparecen; la misma religion cristiana que ha construido el género gótico para animarle con su aliento, deja irse arruinando poco á poco sus admirables basíli-

cas. Los millares de estatuas de sus semidioses van bajando por grados de sus aereos zócales al rededor de sus catedrales: — ella tambien se trasforma, y sus templos van quedando mas desnudos y siendo mas sencillos á medida que ella por su parte se despoja de las supersticiones de sus siglos de tinieblas, y reasume mas el gran pensamiento que propagó sobre la tierra, pensamiento del Dios único probado por la razon y adorado por la virtud!

VISITA AL BAJA.

El 20 por la tarde, fuí á dar gracias á Jusuf, bey de Negroponto y de Atenas. Entré en un patio moruno; las anchas galerías de los dos pisos estaban sostenidas por columnitas de marmol negro. Habia en medio del patio una fuente vacía, y cuadras alrededor. Subí una escalera de madera á cuyo pie estaban formados varios espahys¹, y me introdujeron en la habitacion del bey. En el fondo de una espaciosa y rica habitacion decorada de ensambladuras de pequeños compartimentos sembrados de flores, de arabescos y oro, en el rincon de un ancho diyan de ca-

¹ Soldados de caballeria entre los Turcos.

simir de las Indias, estaba sentado el bey á la manera turca; — su cabeza estaba entre las manos de su barbero, bizarro mancebo vestido con un riquísimo trage militar y con soberbias armas en la cintura; ocho ó diez esclavos, en varias actitudes, estaban diseminados por la estancia. El bey mandó que se me pidiese perdon de haberse dejado sorprender en el momento de estarse afeitando la cabeza, y me hizo sentar en el divan no lejos de él: — sentéme en efecto y empezó la conversacion. Hablamos del objeto de mi viaje, del estado de la Grecia, de los nuevos límites señalados por la conferencia de Lóndres, de las negociaciones terminadas de M. Stratford Canning, cosas que el bey parecia ignorar profundamente y sobre las que me preguntaba con el mas vivo interés. Pronto un esclavo que traia en la mano una larga pipa cuya boquilla era de ambar amarillo y cuyo tubo estaba cubierto de seda rizada, se acercó á mí á pasos contados y mirando al suelo; luego que hubo calculado exactamente entre sí la distancia rigurosa desde el punto del piso donde dejaba la pipa hasta mi boca, la dejó en el suelo, y andando circularmente para no torcerla, se llegó á mí dando un rodeo y me puso, inclinándose, la boquilla de ambar en las manos al alcance de mis labios. Inclinéme á mi vez hácia el bajá, que me volvió mi